

20 AÑOS DE LA FACULTAD DE CIENCIAS BIOLÓGICAS.

Salón de Honor

Agosto 9 de 1990.

Me es muy grato asistir a la celebración de este aniversario.

Esta frase convencional no puede reflejar lo que siento de verdad en una ocasión como esta. Muy temprano en mi vida, ligué mi actividad al desarrollo de las ciencias biológicas en esta Universidad. Sus progresos, sus vicisitudes, sus fracasos, fueron los míos también por espacio de más de treinta años, y eso deja una marca.

Por eso quisiera aprovechar estos minutos para dejar un testimonio personal acerca de las ideas que movieron a algunos hombres de mi generación, en los años que precedieron a la creación de nuestra Facultad.

¿Qué cosa era la que movía el ánimo de ese grupo muy pequeño - cuatro, cinco, seis personas- qué más da el número exacto, que trabajábamos con tiempo completo en los ramos básicos de Medicina en la primera mitad de la década de los cincuenta? En primer lugar, creo, un gusto apasionado por algún aspecto, a menudo estrecho y limitado de las ciencias biológicas experimentales. Sin eso, no habríamos estado aquí.

Pero en nuestra convivencia se fue desarrollando un cierto proyecto de vida colectiva. Realmente, quisimos implantar la ciencia en la Universidad, quisimos hacer de ella el centro, el eje de la vida universitaria, y no una cosa accesorio, periférica. Eso fue una apuesta de juventud, porque aunque muchas personas cercanas a nosotros, entendían la intención, ella era absolutamente ajena al público, no sólo al público general, sino al público culto y profesional. Creo que ese propósito de implantar la ciencia en la universidad, marcó y decidió nuestra vida y nos permitió orientar nuestros esfuerzos con gran entusiasmo y tal vez influir de modo positivo en las vidas de otros.

Porque eso significaba captar otros entusiastas, y atraerlos: por lo general, fuimos muy proselitistas. Muy pronto comprendimos que había que diversificar las ciencias que se cultivaban en nuestro medio, porque la falta de interlocutores en otras especialidades, limitaba enormemente nuestra acción.

Un momento crítico se dio en la primera mitad de los sesenta cuando comprendimos que una Escuela de Medicina tan pequeña como era la nuestra, no iba a justificar nunca la masa crítica de profesores que era necesaria para la investigación. Ibamos a ser siempre demasiado pocos para poder trabajar con horizonte de desarrollo. Corrimos un riesgo importante. La duplicación de matrícula fue una apuesta atrevida, pero tuvo un resultado positivo indudable.

Otra limitación estaba dada por el hecho de que la Escuela de Medicina como tal, no podría acoger aunque lo hubiera querido a muchas ramas de la Biología cuyo

desarrollo nos parecía imperativo. Habían otros centros en la Universidad, en relación con las carreras pedagógicas, con Agronomía, que tenían personal, también joven, también entusiasta y deseoso de hacer cosas. Pero la dispersión y el particularismo eran difíciles de superar. Entonces surgió entre nosotros la idea de una Facultad de Ciencias, según un modelo algo distinto del que se estaba procurando para la Universidad de Chile, idea que fue impulsada por el entonces Pro-Secretario del Consejo Superior, Don Juan de Dios Vial Larraín, un filósofo joven que compartía nuestras inquietudes, pero que tropezó con una general incomprensión de las autoridades correspondientes.

Sin embargo, el sacrificado trabajo en procura de la implantación de la ciencia en la Universidad, había alcanzado una medida de éxito. Por un lado, se había convencido a mucha gente en la Universidad de que la idea de una Facultad de Ciencias o alguna forma análoga de organización era un objetivo deseable, y por otro lado nos había convencido a nosotros de que no había otra manera que esa de lograr nuestro objetivo profundo, y de que teníamos que estar dispuestos a renunciar al alero querido de nuestra Facultad de Medicina, así como otros en la Universidad debían hacer lo equivalente con la propia. En esa forma, nuestra determinación de científicos, vino a coincidir de modo bastante feliz con las políticas del inicio del Rectorado de Fernando Castillo.

Eso significaba, para nosotros, que Biología debía pararse sobre sus propios pies, y que lo propio debía hacer Medicina, y que no se podría tomar ya más lo que era investigación biológica experimental, como si fuera medicina experimental sin más. Algo análogo pasaba a los otros grupos de la Universidad y tuvimos que renunciar a la casa y al ambiente en el que nos habíamos desarrollado y habíamos alcanzado algún éxito profesional, para constituir un nuevo grupo humano, fruto de la fusión con los otros, e iniciar una larga integración llena de peripecias, de tensiones, de éxitos y de fracasos, de los cuales les hablará seguramente el Prof. Sánchez.

¿Qué queríamos hacer nosotros? Queríamos implantar la ciencia como una actividad colectiva orgánica en la universidad. No eran mayores nuestras ambiciones, aunque pueden haber sido mayores o distintas nuestras ilusiones sobre la facilidad del camino. Pero al festejar los veinte años de esta Facultad, y al verlos a ustedes, y al ver lo que directa o indirectamente se originó en ese esfuerzo a veces pintoresco, siempre denodado, pienso que teníamos razón. Que lo que parecía imposible se podía hacer. Y ese es el mensaje que quisiera dejar en esta fiesta, sobre todo para los más jóvenes, o para los que sientan las primeras decepciones. Hay cosas que parecen imposibles, pero si ellas tienen una marca de autenticidad y son perseguidas en forma tenaz y decidida, no sólo es posible lograrlas, sino que también se obtiene que en el esfuerzo por alcanzarlas se humanizan los que las emprenden y quienes los rodean. En suma, valen la pena.